



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

CALCULANDO CON GLORIA
par **ALFREDO BENIALGO**



CALCULANDO CON GLORIA

El día de su décimo cumpleaños, no sin asombro, Astor Garibaldi recibió de regalo un termitero viviente. Con ese infrecuente obsequio contenido en una pecera prismática de medio metro cúbico de volumen, su padre, un ferroviario ex estudiante de ciencias naturales perseguía dos objetivos: lograr una amnistía con su hijo después de un berrinche familiar y despertar en el niño una vocación entomológica que no tenía ni tendría jamás. Astor execraba las sabandijas, en especial los insectos. Pero a pesar del rechazo natural y la frustración por no haber recibido un obsequio mejor, la mirada expectante de don Juan Garibaldi pudo más y con un abrazo directo al cuello ambos sellaron la paz. Respecto de las termitas (siempre abominables y peligrosas) Astor decidió darle el gusto a su padre y permitió que fueran depositadas en su dormitorio sobre la mesa de estudio. Todas las tardes de vuelta de la escuela se sentaba frente a ellas y las contemplaba largo rato en silencio mientras tomaba "Nes-quick" y comía medias lunas y sacramentos.

El vidrio de la pecera antepuesto al termitero disminuía su asco y aseguraba una tranquila observación. Por supuesto que en nada mejoró su estima sobre las termitas, el termitero, en cambio, esa conjunción de túneles, cavidades y cámaras subterráneas que a primera vista parecía anárquica, era otra cosa. Astor razonó que: primero, las termitas eran muchas y agrandaban su casa; segundo, las termitas se multiplicaban y su número tendía a ser infinito; tercero, las funciones de una comunidad infinita deberían tender a ser infinitas; cuarto, las interacciones infinitas podrían provocar el caos; y, quinto, la comunidad se veía exitosa, ergo, las termitas, de alguna manera se las arreglaban para mantener un orden, para impedir el caos.

Esa conclusión realizada en la infancia era una muestra más del carácter deductivo de Astor. Una creativa curiosidad, un agudo sentido de la observación, una capacidad de análisis precoz; pero también, una timidez y un asma pertinaz de posible origen nervioso, que lo condenaba a la constante proximidad de un nebulizador a pilas, definían ya su inteligencia brillante y su traumática personalidad.

Astor vivía en Tolosa, esa comunidad de ferroviarios y nostálgicos del tren. Esperar en los andenes jugando entre los largos bancos de madera, escuchar el sonido de las locomotoras y los silbatos y el grito de los guardas y el murmullo de la gente, o contemplar desde el puente peatonal victoriano de hierro que cruza las vías, el entrelazado juego de rieles buscando el horizonte o perdiéndose en la alta oscuridad de los talleres, son pasiones difíciles de compartir con los que no han nacido en ese pueblo. Esa fascinación que Astor sentía por los trenes se extendía al interior de su casa poblando pasillos y rincones de complejos circuitos ferroviarios a escala reducida, que él mismo no solamente construía sino que supervisaba y mantenía en movimiento.

Como todo genio prematuro Astor era un lector voraz. A los catorce años leyó en un volumen antológico de ciencia ficción, el cuento de A. J. Deutsch: "Un metropolitano llamado Mobius".

En ese relato el autor imaginaba un complicado e ingenioso sistema ferroviario subterráneo, compuesto por varios niveles de tendido de vías que se conectaban entre sí a través de túneles en plano inclinado. Algo más de doscientos trenes transportando cada día a casi un millón y medio de pasajeros circulaban por el subsuelo neoyorquino. Un increíble desafío al orden. En la primavera del año dos mil cincuenta nuevas obras ampliaron esa red complicando las interconexiones hasta lo inextricable. A la semana de inaugurados los nuevos trayectos, algunos trenes, con carga humana incluida, comenzaron a desaparecer y a aparecer en distintos puntos del sistema. Perplejas, las autoridades convocaron a Roger Tupelo, el personaje central, un topólogo matriculado en Harvard quien postula que esas anomalías se deben a razones matemáticas.

"...este sistema ferroviario - afirma - es una red de sorprendente complejidad topológica. Con su alto grado de conectividad ya era complicado antes de que se construyera el nuevo tramo. Ahora sospecho que esa conectividad se ha vuelto infinita. Los trenes desaparecen y aparecen sin abandonar el sistema porque la red se ha convertido en un cuerpo activo cargado de singularidades, es decir, de propiedades dependientes del número de conexiones. Es necesario encontrar los tramos conflictivos y suprimirlos. De esa manera la red volverá a ser otra vez un cuerpo sencillo e inofensivo..."



Naturalmente, Tupelo encuentra la solución y los trenes vuelven a circular con normalidad.

Astor quedó fascinado con esa lectura. Por supuesto que un pichón de racionalista como él no se iba a tragar que las cosas se hicieran humo del mundo real, de igual manera que en un procedimiento algebraico se anulan las variables. Pero nada le costó comparar el falaz sistema de redes ferroviarias subterráneas ideado por Deutchs, el tránsito de los trenes sobre ellas y la multitud entrando y saliendo de los vagones, con el complejo diseño de túneles repletos de termitas yendo y viniendo.

Astor sospechó que, debido probablemente a un orden natural de crecimiento, el universo de hombres y de trenes se parece al de termiteros y termitas y que ambos propenden al caos.

-¿Eran - se preguntó - el instinto animal de supervivencia en los insectos y el razonamiento en los hombres, las virtudes que hacían organizarse a las comunidades para combatir ese inevitable desorden?

Entendió que sí, que esos debían ser los mecanismos que permitían el éxito de la vida en el orbe. Finalmente, como a todo niño solitario necesitado de héroes, le pareció lógico que en las colonias humanas la guerra contra el caos la lideraran los topólogos.

Poco tiempo después, durante la introducción a una clase práctica de geometría en la secundaria, escuchó de boca de su profesor una biografía resumida del astrónomo y matemático alemán August Ferdinand Mobius, nacido en el año 1790 en Schultforta y muerto a inicios de 1868 en Leipzig, descubridor, entre otras cosas, de la banda o anillo que lleva su nombre. Esa curiosa figura que posee un solo lado, que carece de revés y que no puede duplicarse, permitió a Mobius desarrollar la topología, ciencia que estudia las propiedades de la forma de los cuerpos y que, entre muchas cosas, contribuye al diseño de redes compuestas por trayectorias conectadas.

Astor, sorprendido de que ese hombre no fuera un personaje de ficción sino un sabio de carne y hueso jugó con ese notable anillo hasta la hipnosis.

Casi al final de ese curso, durante una visita al Museo de Física en la Universidad de La Plata, vio en una vitrina otro objeto extraordinario: un frasco de Klein, ese péfido recipiente de vidrio al que si uno quiere pintarle sólo una de las caras, termina pintándolo entero, tanto interior como exteriormente. Esa misma tarde en su casa, el dedo índice de su mano derecha recorría prolija aunque ansiosamente de arriba hacia abajo la página 944 del Diccionario Enciclopédico “Espasa Calpe”, tomo II, segunda edición.

-“Klaipeda...; Klaproth (Martin Heinrich)...; Kléber (Jean Baptiste)...; Klee (Paul)...; Klein, Klein (Felix) – acá está, éste es. Leyó cuidadosamente, como masticando las palabras – Klein (Felix). Matemático alemán (Dusseldorf, 1894-Gotinga, 1925). Renovó la concepción de la geometría. Describió las propiedades de los cuerpos complejos. Descubrió que existe un orden natural en el crecimiento de los cristales. Uno de los iniciadores de la Topología. Inventor del frasco o botella que lleva su nombre...”

-Otro topólogo – pensó, con cierta emoción – otro orden, otra forma compleja.

Astor comenzó en ese momento a definir su vocación.

Tres años más tarde ingresó a la Universidad de La Plata a cursar la licenciatura en matemáticas. Ahí descubrió la aplicación de la informática a las ciencias y aprendió a operar los sistemas de información geográfica, programas que pueden integrar y supervisar cantidades enormes de muestras y parámetros.

Una tarde entre las tardes cursando ya el cuarto año de la carrera, repasaba las carteleras en un pasillo de la Facultad, cuando leyó el siguiente anuncio:

...”La Universidad Nacional de La Plata, la Universidad de Buenos Aires y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas, convocan a concurso de antecedentes a todos los estudiantes avanzados de ciencias exactas, que se encuentren cursando cuarto año o superior y que no adeuden materias de años anteriores, para cubrir un cargo de PASANTE, en el proyecto: “GUIAS TOPOLOGICAS PARA LA ORGANIZACIÓN DE LAS REDES FERROVIARIAS EN EL CONURBANO BONAERENSE”, financiado por la Organización de los Estados Americanos y la Unión Europea. Presentar planillas de solicitud y currículum vitae en las Secretarías Académicas correspondientes”... Pellizcándose, corrió a reunir esos papeles.





Por supuesto que aunque los antecedentes le sobraban (Astor mantenía un promedio excelente, una dedicación incansable a la carrera y un par de cargos de auxiliar docente alumno) tuvo que tragarse la ansiedad durante meses. Al fin, en mayo del año siguiente, cursando el último año de la carrera y cuando ya había perdido las esperanzas de ingresar al proyecto, le fue comunicado que por decisión unánime del jurado había ganado el concurso. A los pocos días, desbordado de entusiasmo acomodó horarios de cursadas y ayudantías y comenzó a trabajar. Su actividad semanal se volvió intensa, pero para él, que ambicionaba controlar el caos del orbe, organizar la rutina diaria era una tontera. Viajaba mucho en tren. Levantaba los datos de entrada y salida de formaciones, retrasos, estado y ubicación de barreras y accidentes de todas las estaciones del trayecto La Plata-Constitución. Almorzaba en pleno viaje las suaves meriendas que su madre preparaba con amorosa dedicación, hacía la siesta dormitando acunado por el vaivén de los vagones.

Ese fárrago de ocupaciones había producido en él una meseta de estabilidad. A los veintitrés años, esa vida de números, cálculos y proyecciones, le daba una extraña felicidad, en la que, hasta el asma, esa condena, había menguado. Solamente por darle el gusto a su mamá, siempre tan preocupada, continuaba llevando el nebulizador portátil en el fondo del portafolios.

Solitario, intelectual, matemático y meditante, Astor se sentía un racionalista. Una frase de Descartes, que ya casi había hecho suya, adornaba sus carpetas: "...las verdades matemáticas son evidentes y claras y nadie a menos que sea necio puede negarlas...".

En marzo del siguiente año, en plena época de finales, a solamente un examen de obtener su título que coronaba una carrera incomparable, se incorporó al universo de muestras de Astor un parámetro impredecible: una mujer.

La vio parada en el andén de Estación Hudson a través de la ventanilla mientras el tren se iba deteniendo. Después le miró el paso de fina potranca andaluza caminando hacia una de las puertas de ascenso y, finalmente, luego de que desapareciera de su campo visual durante unos instantes mientras trepaba la escalerilla, la contempló parada en el descanso entre vagones, eligiendo, con rápidos giros de cabeza, para qué lado agarrar. Cuando la vio enfilarse hacia el vagón en el que él viajaba, Astor, un enemigo de los sobresaltos, decidió tomar precauciones. Es decir, decidió ponerse los anteojos para el sol que tenía en uno de los bolsillos interiores del saco y conectarse los auriculares que llevaba para aislarse del mundo cada vez que tenía sueño. Con esos dos elementos y doblando la cabeza hacia el paisaje suburbano, que corría veloz por la ventanilla, había logrado hasta ahora abstraerse en una especie de suave modorra penumbrosa. Pero esa vez, en un inusual exceso de confianza, creyó divertido permanecer consciente unos instantes de más, mirando a esa chica. Esa decisión lo perdió. La miró abrir la puerta, entrar, caminar hacia él y detenerse a no más de un paso de distancia, permanecer de pie, sostenerse del respaldo de un asiento un poco con la mano derecha cargada de anillos y pulseras metálicas y otro poco apoyando la zona pubiana con una pierna ligeramente cruzada sobre la otra, levantándose un poco el perfil de la cola, mascando chicle sin abrir la boca y mirando el exterior a través de las ventanillas, inmóvil e indiferente, con esa distancia supraterrrenal que adoptan las mujeres hermosas que se sienten seguras, que se saben codiciadas por los hombres y envidiadas por las mujeres.

Astor, un lego en los asuntos pasionales compartidos, miraba el cabello corto lacio y renegrido con unas mechas violáceas en el jopo, los ojos oscuros, la boca de anchos labios pintados de negro, la piel blanquísima y tersa del cuello rodeado por un collar de cuero y cachas plateadas, el nacimiento de las tetas inflamando la frágil remera también negra, el mínimo ombligo, la mini de cuero también negro, las piernas sin medias tornátiles y firmes hasta esa mitad de los tobillos que apenas dejaban ver las botitas de vampiro, sintiendo como, al mismo tiempo que evolucionaban sus observaciones, nacía esa inestabilidad hartamente conocida que, a medida que crecía, se volcaba como un tibio aceite interior deslizándose lenta camino a la entrepierna.

¡Ah terrible sensación inexplicable e íntima! ¡Ah deliciosa tortura que desata en el éter de las mentes varoniles creativas, las mil y una formas de hacer el amor con mujeres hermosas e inalcanzables!





¡Atrás! ¡Atrás, arpa negra de los solitarios a la fuerza, de los tímidos y los cohibidos! ¡Provocadora de la autocaricia, ese placer vergonzante y oculto al que un racionalista de corazón y espíritu como él había sufrido primero como una culpa imperdonable y logrado aceptar después como un mal necesario, para dominarlo finalmente confinándolo a las noches de los sábados bajo la oscura y serena seguridad de su habitación! ¡Pero hoy era miércoles! ¡Miércoles! ¡Y en un tren repleto de gente camino a Constitución!

Intentó inútilmente apartar los ojos de la chica y moverse, deseó en vano que alguien se interpusiera entre ella y el rayo afiebrado de su mirada, se imaginó alzando la mano a la altura de la boca y mordiéndola hasta arrancarse gotas de sangre y aplacando mediante el dolor esa ansiedad indomable que lo estaba consumiendo más y más estación tras estación.

¡Pero, nada! ¡Nada! ¡Ella seguía ahí! ¡Incólume su rostro, perdida la mirada en un paisaje que ignoraba, firmes las piernas esbeltas, inflamados los glúteos, erectos los senos palpitantes al ritmo del tran tran del tren sobre las vías!

Entrando a Wilde, Astor percibió que un dulce mareo comenzaba a invadirlo y que una especie de ronroneo gatuno acompañaba los sonidos del tren deteniéndose. Intentó tranquilizarse. Pensó que tal vez lo ganara una nueva forma de cansancio, otro aletargarse. Se esforzó entonces por convencerse de la inminencia del sueño, de ese perderse como un viento en el viento hasta el final del viaje. Pero, al detenerse del todo el tren en la estación y apagarse los sonidos mecánicos, se dio cuenta de que ese suave ronquido provenía de su pecho y que ese mareo se debía a una deficiencia de oxígeno. Creyó ver a sus bronquios obliterándose paulatinamente, a sus pulmones desesperar y a su corazón latir cada vez con mayor frecuencia.

-¡El asma! ¡El asma, otra vez! – le reprochó una voz interior.

Astor se sintió morir. Un ataque de asma en ese momento. Recordó entre vahídos al robot inútil y solitario de su aparato nebulizador portátil durmiendo en el fondo de su portafolios, pero no se movió.

-¡Sería inútil! – pensó tristemente entre jadeos, sabiendo que, confiadamente, había dejado de cargar la dosis de corticoide en la ampolla del aparato.

-¡Imbécil! – pensó al borde del llanto - ¡Imbécil!

Partiendo de Avellaneda creyó desfallecer. Sintió la inminencia de su ruina y deseó durante todo el corto trayecto de viaje que aún le quedaba, la desaparición del puto mundo en su caída. Hasta que, por fin, cuando ya no veía otra cosa que una pasta color borra vino ondulado a su alrededor, vio, a esa misma pasta, fluirse y partir igual que el agua por el resumidero. Entonces comenzó a recuperarse con el mismo ritmo con el que se fugaba esa masa, viendo, sentado siempre, cada vez con mejor aire y ya sin ronquidos ni angustias, cómo los pasajeros abandonaban el tren y descendían en la Estación Constitución.

No se levantó enseguida, aguardó hasta que todas las señales del ataque hubieran desaparecido y, recién después de caminar un poco en el vagón para asegurarse de que se había recuperado, descendió. Caminó hasta las carteleras, miró el horario del próximo tren local a La Plata, se sentó en un banco, sacó del portafolio el nebulizador portátil, desenroscó la tapa de la ampolla, le cargó la dosis de corticoide, lo encendió, aspiró unas cuantas veces y lo guardó. Después se dirigió a la zona de andenes, abordó el tren y volvió a Tolosa. Ni bien entró a su casa, camino a la pieza, le pidió a su madre que avisara por teléfono a la Facultad que su hijo acababa de sufrir un ataque de asma y que no iría por allí hasta el lunes.

La mañana del miércoles siguiente, mientras desayunaba, tuvo un presentimiento.

-Mejor prevenir que curar – pensó.

Cargó el aparato con el medicamento, se puso la máscara y lo encendió aspirando profundamente. Terminó de vestirse y salió hacia la estación. Ya en viaje, repitió la operación de nebulizarse tres veces más, la última: cuando el tren atracaba en Hudson.

Más oportuno no pudo ser. Apenas se había retirado la máscara de la cara, la muchacha ingresaba al vagón y lo miraba, le hacía un gesto simpático, sonreía y se le venía encima. Las piernas y los brazos se le contracturaron y el corazón se le escapó del pecho, pero ella le habló mirándolo de una forma





tan poco afectada, tan franca mientras se sentaba al lado, que el mil veces maldecido ronroneo murió como partido por un rayo ni bien estaba naciendo.

-Hola – dijo ella – soy Gloria ¿Cómo estás? El otro día no se te veía muy bien.

¡Lo había mirado, la chica que casi más lo mata, lo había mirado! Astor contestó maravillándose de su naturalidad.

-Soy asmático – dijo con una seguridad que lo dejó pasmado – de vez en cuando tengo esos achaques. Ella se rió con una boca hecha para ser besada.

-¡Bueno! Parece que este último te fortaleció, porque lucís como un bombom.

Astor también reía. Tan luego él, que con la única mujer que podía bromear sin ponerse colorado era con su madre.

-¿Tu asma es nervioso? - preguntó sorpresivamente Gloria.

-Según los médicos, es posible - respondió Astor - ¿Cómo te diste cuenta?

-No, no me di cuenta, te pregunto porque en ese caso a lo mejor yo podría ayudarte.

-¿Qué, sos médica?

-No, soy profesora de educación física.

Hay vías que no debieran cruzarse jamás, empalmes que no tendrían que existir. Astor era un estudiante tímido de veintitrés años a punto de recibirse y vivía en Tolosa; era ordenado, asmático y virgen. Gloria pisaba los treinta; era divina, atracadora, profesora de educación física y ninfómana; daba clases en Buenos Aires, vivía momentáneamente en Hudson, hacía aerobismo hasta en el baño, entrenaba a los milicos del Instituto Geográfico Militar en decatión, quería batir el récord nacional femenino de ochocientos metros con obstáculos, adhería a diversas ondas (orientalismo, naturismo) y estaba en una etapa de estética sadomasoca.

-Conozco algunas técnicas gimnásticas de prevención y relajación - contaba ella -son ejercicios sencillos ¿Querés que te explique algunos?

-Sí - contestó Astor.

Gloria decía todo lo que sabía de gimnasia preventiva para asmáticos y de relajación muscular durante todo el viaje, mientras Astor la contemplaba asintiendo extasiado, vibrando con cada roce de ese cuerpo perfecto, con cada palmadita en el muslo, con cada sonrisa. En Constitución se despidieron hasta el siguiente miércoles en la entrada al subte con un beso; él le apuntó a la mejilla; ella, al borde de la boca.

El período de levante, que duró lo que Gloria quiso que durara, es decir, solamente un miércoles más, culminó con un rápido empalamiento de parado en el baño de un vagón, favorecido por un inesperado ataque de hipo nervioso en Astor y por el traqueteo que hizo la locomotora durante la partida de Estación Quilmes.

Al tercer o cuarto orgasmo ferroviario, Astor ya calculaba los futuros encuentros. Siempre en el mismo tren y en ese u otro baño, con la probabilidad matemática de que ocurriera entre las nueve y las nueve y quince, que era el lapso con menor tránsito de gente y con una tolerancia de entre doce y dieciséis minutos de franela previa entre vagones. Sin embargo, Gloria renunció al sexo sobre rieles aduciendo incomodidad y poco tiempo y le anunció que las funciones seguirían en Capital, en un furtivo hotel de Olleros al dos mil los viernes de diez a doce (el tiempo libre que le quedaba antes de entrar al IGM a lidiar con los milicos dados al deporte de alta competición).

Astor acomodó su agenda, corrió entrevistas y cambió horarios de cursada; creía que las variables de su loca ecuación eran sólo el tiempo y la distancia.

Ese viernes Astor siguió el instructivo dictado por Gloria al pie de la letra. Bajó del subte en estación Olleros unos minutos antes de la hora señalada y caminó por la vereda en el sentido de los números descendentes. A pocos metros de la entrada a un albergue transitorio, una palmadita en la cola y un beso rápido en el cuello aplicado por Gloria, que venía trotando en jogging, lo zambulleron en el hotel. A las dos horas, después de dos polvos de fábula, se despidieron en la puerta con un beso jugoso y un comentario inquietante de Gloria:

-¡El próximo miércoles, Papuchi, te saco tres!





Astor sonrió pero mientras se retiraba subiendo Olleros su pecho desprendió un conocido y ya casi olvidado silbido. Por suerte el recuerdo espontáneo del nebulizador vigilando desde el fondo de su portafolios le transmitió seguridad y el silbido se fue atenuando hasta desaparecer. Sentado en un vagón del subte a Tribunales ya no recordó el incidente.

El encuentro del siguiente viernes culmina con un angustioso final de teatro griego: después de dos orgasmos en una hora y cincuenta y nueve minutos, Astor mira el reloj mientras Gloria, sumergida en su ingle, insiste en seguir trabajándole con frenética concentración bucal la inútil flacidez de su miembro. Al fin, el grito del teléfono sobre la mesa de luz anuncia que el turno ha expirado y, Astor, avergonzado y con cierto espanto, retira con firme suavidad la porfiada cabeza de Gloria de su bajo vientre y pega un ligero saltito para bajarse de la cama con la intención de comenzar a vestirse y abandonar el hotel. Esa sucesión de movimientos, ese casi imperceptible empujoncito sobre la frente, ese torpe y mínimo rechazo sin explicación o disculpas, que obedece a la vergüenza del macho ante lo inesperado e indeseado, provoca en Gloria un efecto singular muy lejano a la habitual comprensión que suelen ostentar las mujeres frente a situaciones de ese tipo.

Desnuda, sentada en el borde de la cama con los brazos cruzados, lanza hacia Astor, que se está vistiendo frente a ella con movimientos más propios de un muñeco mecánico que de una persona, miradas de intenso reproche.

-Yo quería tres – dice con una voz que tiende a agravarse.

Astor es demasiado tímido, demasiado inexperto, demasiado estructurado para afrontar con altura semejante imponderable. No sabe qué decir, no encuentra la manera de detener su nerviosa carrera por vestirse. La vergüenza y el dolor de este íntimo fracaso son demasiado para él. Necesita distancia y tiempo para pensar, para ordenar el sistema que se le está desbocando, para frenar esa inestabilidad, esa pendiente hacia el caos.

-Tres, mi amor, tres – dice Gloria arrodillándose con el rostro suplicante frente a la bragueta de Astor, que lucha con los últimos botones de la camisa.

-Tres – dice Gloria con una sonrisa eléctrica que complementa la desesperación que anida en sus ojos – tres – repite abrazando la cintura de Astor – tres – sacando la lengua y barriendo anchamente de arriba abajo la mustia bragueta – tres, quiero tres – descorriendo el cierre con los dientes – tres – revolviendo, escarbando, buscando con la lengua entre los pliegues del calzoncillo la muerta carne colgante.

Astor retrocede hacia la puerta con el portafolios en la mano. El peso de esa mujer enardecida de deseo que se le cuelga del cinturón al mismo tiempo que intenta desprenderlo lo hace trastabillar, pero retrocede, retrocede igual, entumecido de espanto.

-¡La...la...la hora! – tartamudea – ¡La...la...la hora! – sin detenerse arrastrándola con él hacia la salida. Ese balbuceo pusilánime exaspera a Gloria que pasa de la súplica a la demanda.

- ¡Tres dije, tres, carajo! – grita procurando arrancar la complicada hebilla y desgarrar la resistente tela del pantalón.

Astor aplica sobre los hombros de Gloria un violento empujón que la arroja contra la cama. Ese respiro le permite abrir la puerta de la habitación, atravesarla, cerrarla detrás suyo y huir con los chillidos histéricos de Gloria perdiéndose en sus atónitos oídos.

-¡Tres, cagón, tres!

Astor abandona el hotel a la carrera ante la mirada perpleja del conserje, sin dar vuelta la cara para atrás y con el pecho cerrándosele en un ronquido áspero. Ya en la calle y sin detenerse, hunde la mano en el portafolios, desenrolla la manguera y, de un golpe de pulgar, enciende la bomba y se pone la transparente máscara en la cara y vuelve a vivir. El húmedo vapor corticoidal le abre el pecho, el ronquido mengua y su rostro recupera los colores, mientras que su cabeza, que ya comienza a funcionar otra vez, apunta la mirada hacia la estación salvadora de Olleros, jurando y perjurando no volver nunca más.

Se sucede a esa violencia una etapa de miserias telefónicas. Los llamados diarios de Gloria muestran distintos sentimientos: sorpresa, indignación, despecho, desilusión y tristeza, con monólogos de estos variables: resentidos, suplicantes, agresivos o insultantes.





Astor no afloja, atiende las llamadas, escucha, responde con evasivas, se cansa y cuelga. Hasta que, una dosis de ese veneno va a parar a los atónitos oídos de su pobre madre:

-¡Hola, vieja de mierda! - espeta una voz femenina desde el teléfono - ¡Decile al impotente de tu hijo que coger con él es tan imposible como querer jugar al billar con una sogá en lugar de taco!

Ese incidente provoca una inmediata reunión familiar, en la que Astor explica a sus compungidos progenitores las razones de esa llamada escandalosa, transmite su pesadumbre por la estatura que han alcanzado las cosas, su sentimiento de culpa y su decisión inapelable de terminar con todo este escarnio. Sus padres le manifiestan que ya hacía un tiempo lo notaban extraño y que presentían un final indeseado, aunque no tanto y se explayan en una filípica intensa. Opinan que dos medidas iniciales saludables para su hijo, serían: primero que nada, interrumpir el circuito telefónico con esa mujer y, segundo, a partir de ese momento realizar en micro los trayectos entre estaciones, es decir, no viajar más en tren.

A primera hora del día siguiente inician el trámite para cambiar el número telefónico de la casa, adquieren un celular para uso exclusivo del muchacho, que de esta forma podrá negarse a todas las llamadas que tenga en la Facultad por línea común y le compran un abono mensual en una empresa de ómnibus.

Estos remedios dan resultado y las noticias de Gloria, que por suerte y a pesar de los temores de la familia, nunca se animó a presentarse, languidecen hasta desaparecer.

Astor recompone su rutina y con ella recupera la tranquilidad, pero no olvida, no puede olvidar las marcas de Gloria. Parte de su tiempo libre lo ocupa en la biblioteca de la Facultad de Humanidades consultando bibliografía psicológica, informándose sobre histeria y disfunciones sexuales femeninas. Esa es su manera de recordarla, de comprenderla y, en cierto modo ¿por qué no? de perdonarla también.

Los meses pasan, Astor, siempre dentro del mismo proyecto, inicia una tesis doctoral: "Nuevas metodologías topológicas para la organización de redes de alta complejidad conectiva", pero, la breve e intensa historia con Gloria entra y sale de su mundo de cálculos y orden matemático.

-¿No hay acaso parámetros singulares en todo universo de muestras? – medita a veces melancólico en su gabinete mirando sin ver la pantalla rielante del monitor.

-¿No acepta acaso esta rama de las ciencias exactas que él intenta dominar, la influencia de estos parámetros? – razona con nostalgia en el café de la Universidad durante un descanso en una conferencia sobre algoritmos racionales.

-Los datos anómalos – repite mientras calcula y compara unas distancias en unos planos del trayecto eléctrico Temperley-Morón – ingresan a un sistema armónico generando domos de inestabilidad, padeciendo defectos propios algunas veces pero adquiriéndolos durante el muestreo en otras ocasiones.

-¿Y si el defecto o vicio de Gloria no hubiera sido innato sino inoculado por la intensa relación que ambos compartían o hasta por él mismo? – se pregunta.

-¡Ah, Gloria, Gloria! - suspira en esos momentos - ¡Tan humana y terrible!

No podía evitar entonces que su memoria sensitiva recordara lo otro, lo inexplicable, el calor de ese otro cuerpo, la suavidad y las formas, el acople a esas formas. En esos momentos, estuviera donde estuviera, no podía reprimir el deseo de cruzar las piernas y apretarlas, cerrarlas con fuerza en torno a su sexo, buscando algo de aquellos deliciosos vértigos perdidos.

Ni siquiera sus pajas eran ya lo que habían sido antes: un alivio lógico a cierta presión desconcentradora. Ahora, a cada descarga le seguía un tobogán de angustia y tristeza que no podía controlar. Un desapego por las cosas, un desgano.

Había leído por ahí que el remedio para su mal era el paso del tiempo, pero para el de Gloria ¿cuál sería? ¿qué virtudes neutralizarían su vicio?: ¿la paciencia de un hombre a su lado, la calmosa paciencia de un hombre? Resignado y melancólico frente a ese enigma infranqueable, se respondía suspirando casi siempre lo mismo.

-¡Ah, Gloria, Gloria, humana y terrible!

Una noche tristísima de julio, en la cual la lluvia y el viento parecen empeñarse en disolver la ciudad,





Astor espía de tanto en tanto la calle a través de la ventana desde el interior de su oficina en la Facultad de Ciencias Exactas, esperando una mengua en el diluvio que lo anime a cruzar hasta la parada del micro, cuando cree ver, protegida bajo el techo de ese refugio, a una figura inmóvil que lo mira. Un rato más tarde, decide salir a pesar de todo, no sin antes echar un último vistazo a la calle. La figura continua allí. Astor sale de la Facultad a la carrera bajo el agua y no se detiene hasta llegar a la parada. Después de tomar aire y sacudirse el agua de encima, levanta los ojos para quedarse frío como un muerto: Gloria, con el pelo todavía corto pero ahora de color rojo, con vaqueros, con un pullover de cuello alto y un piloto blanco empapado, lo mira como un bambi temblando en la tormenta. Se le cae el alma al piso. Ella habla primero y de un tirón, como una colegiala nerviosa que lee un infantil discurso preparado.

-No te asustes de mí - dice señalando hacia un taxi detenido a unos metros de distancia - ese taxi me está esperando ya me voy quería pedirte perdón por todo lo que hice y dije y decirte que te adoro que no te puedo olvidar que no hay otro hombre como vos que estoy enferma y que estoy intentando cambiar y curarme y que quisiera ser digna de vos aunque sea un poquito y chau.

Y con un puchero que la hace aún más linda de lo que es, pega la vuelta e ingresa al taxi.

Astor reacciona en el mismo instante en que la mano de Gloria, prendida ya de la puerta del auto, se dispone a cerrarla. Se adelanta, abre la puerta y se trepa al taxi.

En el interior ambos se abrazan con fuerza, con fiereza, con desesperación. El chofer, mirando socaronamente por el espejo retrovisor a esos dos cuerpos que quieren confundirse en uno solo, espera la orden de partir. La voz de Gloria menciona una dirección en forma de pregunta y la voz de Astor responde que sí, entonces el taxi se pone en movimiento. La tormenta arrecia, el agua cae del cielo como una maldición y una telaraña de relámpagos craquela la noche. Un trueno explota y un escalofrío fulminante recorre el sistema nervioso del chofer y hace que su pie derecho presione sin querer el pedal del acelerador y que la marcha del auto sufra un par de convulsiones. El chofer carajea y mira por reflejo el asiento de atrás. La pareja se abraza, se toca, se besa, indemne, sorda al desorden del tiempo, mientras el auto los lleva a un hotel.

Mejor no les puede ir, la abstinencia que Astor arrastra desde hace tanto tiempo lo hace armonizar como nunca y aquellos tres polvos reclamados históricamente por Gloria tiempo atrás, intercalados ahora con mimos, confesiones, pedidos de perdón y llantitos amorosos, le limpian el alma y el cuerpo de tanta mugrosa soledad. Por primera vez en su vida aspira el humo de un cigarrillo. Gloria, que ahora, con permiso de su psiquiatra y a modo de descarga, fuma, le ha convidado un par de pitadas. A pesar de su asma, Astor no ha experimentado ningún malestar, al contrario, un placer desconocido le ha inundado la boca y ha atravesado su garganta. Un silencio celestial parece englobar la habitación, Gloria se abandona a sus manos y el le explora el cuerpo sin la urgencia del deseo. La maravilla de las tetas, de la cintura, del cuello, de las nalgas, de las piernas, del pubis de Gloria componen un universo del placer. En esa quietud, en ese cielo, cree entrever un inicio, el punto cero de un devenir de gozos, quien sabe si todo eso no será una unidad de la perfección del goce. En ese punto, en esa suspensión de las cosas, puede uno sentir el orden de los sentidos.

Pero, unas horas más tarde, al despedirse en la Estación de trenes de La Plata después de un besito con ruido en los labios, los cuatro dedos de la mano izquierda de Gloria levantados y agitándose en el aire, le hacen sentir una ligera vibración en el piso del andén. Se queda inmóvil mientras ella abre la cartera y con risitas de traviesa, mientras va ascendiendo las escalerillas del tren, le entrega una carpetita de cuatro o cinco páginas tamaño carta.

-¡Deberes para la próxima, Papuchi! - le dice sonriendo desde una ventanilla abierta mientras parte el tren.

Astor lee sentado en el micro que lo lleva de regreso a Tolosa, la carpetita que Gloria le ha entregado. A medida que avanzan las palabras, el pecho inicia un silbido y de memoria se enchufa el nebulizador en la cara. Las hojas describen la receta para alcanzar la super virilidad en siete días: consumo de fibras vegetales a lo loco, vitaminas al por mayor, ejercicios de concentración, un instructivo para





realizar extensas sesiones de gimnasia pubococcígea y algunas citas bibliográficas: "La mujer, templo del amor"; "El amor en el tantrismo o la mujer como sacerdotisa del rito sexual"; etc.
Astor aspira profundamente, está pálido, muy pálido.

© ALFREDO BENIALGO
alfbenialgo@gmail.com

